queria yo irla á recibir, pero me suplicaron que la evitase esta emocion, y que omitiese mi visita hasta mañana. No la he visto pues sino por la ventana; tiene muy buen semblante; creo que no me ha visto, porque al bajar de la litera volvió la cabeza á otra parte; apenas queria que la sostuviesen; en una palabra, me parece que pronto convalecerá.

CARTA XVI.

RESPUESTA DE MADAMA DE MONTIER A LA MARQUESA.

QUERIDA HIJA MIA: tu tranquilidad no me engaña; te han ocultado y continúan ocultándote la enfermedad de tu pobre hermana. Adivino la triste situacion de esa desgraciada, y en vano seria el esforzarse á ocultármela. Si el cielo no hubiese puesto un obstáculo invencible á mi partida, volaria á su socorro; pero la Providencia me intima sus órdenes. Aquel mal que de cuando en cuando me retentaba un poco, se ha declarado en fin; es una gota ciática, que aunque no es muy dolorosa, me tiene clavada en la cama. Hágase la santísima voluntad de Dios; no es á pobres criaturas como nosotros á quienes pertenece sondear sus decretos, que es menester adorar silenciosamente. No te queda para tranquilizarme otra cosa que cumplirme la palabra que me has dado. Esta es el no ocultarme ninguna de las circunstancias de la enfermedad de esa querida hija, ó mas bien de su locura; porque de lo poco que me dices, he inferido lo que no te atreves á confesarme, ó lo que tal vez ignoras tú aun; es tambien esencial que sea exacta la relacion que me hagas: estoy vivamente asaltada de un pensamiento que podrás tú confirmar ó destruir. Para trabajar eficazmente en volver la razon á nuestra condesita, es menester saber á qué atribuir el trastorno de ella: la conozco demasiado para creer que el temor de la muerte haya sido bastante para transtornar su cerebro; tiene mucho valor, y además habia conservado la esperanza de escaparse del peligro. Puede ser que sin pensar en ello me hayas tú insinuado la causa de su mal. Su orgullo ha sido cruelmente herido en ciertas circunstancias, que hablando humanamente, no son sino efecto de la casualidad, y que miro yo con otros ojos. El abandono en que se halló mientras que todos los cuidados se dirigian á tí, ha ofendido mortalmente su vanidad, y es suficiente para producir en ella un efecto tan terrible. Si perdiese yo de vista un instante la ciega sumision que debe la criatura á su Soberano

Señor, no sostendria un minuto este pensamiento. ¡Qué desgracia el haberse puesto en una situacion que se tenga necesidad de un remedio tan amargo! Sin embargo, por dolorosa que sea esta reflexion, me ofrece un punto de vista que me sostiene: y una voz secreta parece anunciarme que este acontecimiento no será para ella tan triste como parece. Dios no ha abandonado enteramente á los que castiga aun. Una prosperidad continua era el castigo mayor que temia yo para esa desgraciada.

Su Divina Magestad quiere salvarla, pues la castiga de un modo tan terrible, y todo era menester para confundir su soberbia. No te recomiendo que pidas sin cesar por ella, porque la religion te impone esta ley, aun cuando no te incitase á ello el tierno afecto que has tenido siempre á esa pobre niña, que es acreedora á él por un gran número de buenas cualidades que tiene por otra parte. Estoy íntimamente persuadida que á Dios solo es menester dirigirse para ver el fin de todo esto, y que esta humillante enfermedad, es al mismo tiempo el castigo, y el remedio que su Divina Magestad habia preparado en su misericordia, y desde toda la eternidad para curar esa llaga profunda que el orgullo ha hecho en el alma de esa hija de mi dolor. Ojalá sirva

este pensamiento, que sostiene mi valor, para reanimar el tuyo: guardémonos de irritar al Señor con nuestras quejas, y adorémos su sabiduría, que sabe sacar de los mayores males, bienes que no hubiéramos podido preveer, ni aun nos atreveriamos á esperar. Te repito sin cesar esta máxima, mi amada Marquesa, porque es la única que creo propia para conservarnos en la paz. ¡Qué hariamos nosotros en el mundo, si pudiese ella debilitarse en nuestra alma! ¡Ay de mí! Estamos en él como sitiados por un tropel de males y peligros. No hay para criaturas como nosotros manantial alguno de felicidad, que no lleve en sí la semilla de los mas crueles disgustos, porque siendo por su naturaleza perecederos los objetos sobre los cuales fundamos nuestra satisfaccion, nos los pueden arrebatar á cada instante. El medio, segun esto, para gozar con tranquilidad de ellos, es el descansar en la Providencia. ¡Oh, que bien podemos nosotros exclamar con el sábio! Vanidad de vanidades, y todo vanidad, fuera de amar y servir á Dios. Este divino amor es nuestro bien, nuestro único bien, porque nadie sino él nos le puede quitar, si nosotros no queremos. De todas las desgracias que tenia que temer tu pobre hermana, la que experimenta parecia la menos verosímil; su espíritu era firme, animoso, é inacce-

sible al temor. ¿Cuántas veces la he oido alabarse de esta cualidad? ¿Por cuán superior se tenia á las de su sexo, cuyas flaquezas la hacian avergonzar? Insensata, que no sabia que aquel genio superior que admiraba en sí, era prestado, y que el que se lo dada era dueño de privarla de él en un instante. Por lo demás, hija mia, seria una barbarie, de que no te creo capaz, abandonar á tu hermana en la cruel situacion en que está. Conozco que las presentes circunstancias te suministran fuertes razones para dejar un lugar donde tal vez tu virtud tendrá que sostener duros combates; pero esta ocasion, distante, y muy distante de pecar, no la has buscado tú; la Providencia te dará fuerzas á proporcion de los peligros, á que te expone. No conviene del todo que dejes percibir al Marqués tus temores, y tu repugnancia por Mastrilli: como no son regulares, sospecharia que habia algun misterio, que tal vez querria profundizar: si llegasen las cosas á cierto extremo, podrias recurrir al Conde; me lisonjeo aun que no esperaria que le rogases, pues su afecto por tí, y el conocimiento que tiene de tus disposiciones, le harán sentir lo penoso de tu estado. En medio de todas nuestras penas, nos ha enviado el Señor un gran motivo de consuelo; la salud de tu hijo se restablece insensiblemente; su

temperamento se fortifica, y principio á lisonjearme de que Dios, que conoce tu debilidad y la mia, nos dispensará de beber el cáliz que, por decirlo así, casi hemos tenido en los labios. No obstante, es menester ponerle en sus manos como todo lo demás.

CARTA XVII.

DE LA MARQUESA D*** A MADAMA DE MONTIER.

Querida madre mia: Tengo necesidad de volver á leer vuestra última carta en todos los instantes para mantenerme en la sumision que debo á las órdenes del Todopoderoso. Es tan espantosa y tan terrible para mi la situacion á que me veo reducida, que estoy en peligro de olvidar á cada paso que nada sucede sino por una sábia disposicion del Ser infinitamente sabio, é infinitamente bueno. Habeis bien adivinado el estado de mi desgraciada hermana; está loca, y lo mas terrible para mí es, que tengo motivo para creer que soy la causa inocente de su enfermedad. La aversion que nos tiene á mí, al Conde y á Mastrilli, son pruebas indudables de que habeis acertado la

causa de su locura; no puede sufrir sino al Marqués, el cual casi no la deja, y se agita de un modo tan espantoso cuando nos acercamos á ella, que los médicos nos han prohibido el entrar en su cuarto; de suerte que estoy tan separada de ella en la misma casa, como si estuviésemos cien leguas una de otra. No creais que sea este un pretexto para irme con vos y abandonarla; no, querida madre mia, mi corazon no me permitiria una crueldad semejante; por otro lado me queda aquí el débil consuelo de saber de ella á cada instante; molesto á sus guardas, y voy cien veces cada dia á la puerta de su cuarto. Se lamenta sin cesar de la desgracia que tiene de haber encontrado en una hermana que únicamente queria, una rival que la roba todos los corazones. Hace desde por la mañana hasta la noche la comparacion de lo mucho que ella vale con lo poco que merezco, y acaba por asegurar que no me perdonará nunca. Vedme cargada con el ódio de mi pobre hermana, y en la realidad ella tiene algun motivo de quejarse: yo no valgo nada. Fatal viage, Dios le habia determinado en su cólera. Ademas de mi dolor, tengo que sufrir el del Conde, que desechado del cuarto de su esposa, no deja el mio: no tiene alivio sino en poner su dolor en mi seno, y está en un abátimiento que no es posible pintaros. En

cuanto á Mastrilli, no viene á mi casa sino con mi esposo, y tengo que dar muchas gracias al Señor en este particular. Sea que me haya su Divina Magestad premiado con una victoria completa los esfuerzos que hice en otro tiempo para arrancarle de mi corazon, sea que la penosa situacion en que me hallo, haya disipado todos mis demas sentimientos, lo cierto es que le veo sin emocion, y con una especie de indiferecia que me asegura. El Señor, que conoce mi debilidad, no ha permitido el nuevo género de penas que hubiera experimentado, si hubiese sido menester combatir sin cesar contra mi propio corazon. A la verdad creo que hubiera caído, porque la sola idea de un pensamiento contrario á mi deber, y á lo que debo al mas respetable de todos los hombres, esta sola idea, vuelvo á decir, me hace erizar los cabellos.

Mi hermana está en manos de uno de los médicos mas hábiles del mundo; conocedlo por lo que sigue. Decidió desde luego, y sin ser prevenido, que la enfermedad de mi hermana provenia de una violenta pasion, y en consecuencia de esto dijo que era menester renunciar á los métodos usados, para seguir uno particular que nos asegura debe ser infalible. Se ha asociado al Marqués para asistir á la enferma, y nos da su pala-

bra de que verémos bien pronto el mas feliz suceso de ella. Yo creo mas vuestros presentimientos que sus promesas; Dios no podrá rehusaros la curacion de esta querida hija: esta curacion será completa; y cuanto mas amargo sea el remedio de que se sirve, será mas eficaz. Admito como vos el consuelo que me procura la Providencia con el restablecimiento de la salud de mi hijo; si me vuelve á mi hermana y á mi querida soledad, no me queda mas que apetecer. El Marqués entra actualmente, y no cerraré mi carta hasta despues de haber recibido noticias positivas de mi hermana.

¡Ah, querida madre mia! ¿qué nueva infelicidad tengo que temer? Mi hermana está mucho mejor; todo el mundo lo asegura; lo creo por el gozo que descubro en el semblante de todos los que la ven, y sin embargo, el Marqués tiene una tristeza que me hiela de espanto. Se ha mudado tanto su fisonomía, que el Conde se quedó inmoble al mirarle. Por mas que le he preguntado la causa de una mudanza tan desagradable, no lo ha querido decir; tan imposible es hacerle hablar, como poder adivinar lo que tiene; me mira tristemente y vierte lágrimas, que quiere en vano esforzarse á detener. El Conde que le habló á solas, se ha valido inútilmente del poder que tiene sobre él, para empeñarle á que le abra su corazon; pero se obstina en guardar un silencio que me mata. Despues de haber estado mas de una hora en su gabinete, donde le oímos pasearse con pasos como de un hombre muy agitado, entró en mi cuarto para decirme que tenia necesidad de tomar el aire y suplicarme que si acaso venia Mastrilli durante su ausencia, que le detuviese á comer: tenia yo una grande repugnancia en encargarme de este convite, y creo que me puse encarnada; sin embargo, me serené pronto, y no pude rehusarle este acto de condescendencia. El Conde queria acompañarle, pero él le suplicó que le dejase salir solo, y fué obedecido.

La presencia de Mastrilli parece que volvió al Marquéss algo de tranquilidad, y estuvo tan alegre como podia permitírselo nuestra situacion. Ya me lisongeaba de que no seguiria en el estado en que le habiamos visto; pero esta esperanza no me duró mucho tiempo. Ha pasado una noche muy agitada, y no se me pudo quitar del pensamiento que soy la causa de su afliccion. ¿Habrá él descubierto la desgraciada inclinacion que tuve en otro tiempo á Mastrilli? No faltaria ya mas que esta circunstancia á mi infelicidad. Sin duda me sobresalto fuera de tiempo; solo el Conde descubrió una inclinacion que no conocia yo misma,

y tengo bien exprimentada su probidad para permitirme dudar de su prudencia. Al primer movimiento que me ocasionó este temor, estuve tentada á echarme á los piés de mi esposo, hacerle una confesion sincera de mis pasadas disposiciones, y de las que tengo ahora: el Marqués es demasiado justo para hacerme un crímen de una involuntaria inclinacion que combatí inmediatamente que vos me la hicísteis conocer, y de la que me ha hecho Dios la gracia de triunfar. Estoy bien distante de temer actualmente la recaida de mi debilidad respecto á esta. Os aseguro que aborrezco á Mastrilli, y le aborreceria mucho mas, si pudiese creer que tenia él alguna culpa de las penas é inquietudes que experimenta mi esposo. Sin duda me equivoco en mis recelos: ¿pero cuáles pueden ser las causas de estas lágrimas y de estos suspiros? Decidme lo que conjeturais de esto, y dictadme la conducta que debo observar si por desgracia se verifican mis presentimentos.

Me habeis mandado que no os oculte nada respecto á mi hermana; yo he jurado obedeceros, y necesito todo el temor de faltar á mi juramento para determinarme á descubriros el estraño remedio de que se sirven para curar su espíritu; una especie de moza de cámara acaba de instruirme

de él fuera de tiempo. Esta simple, que habian puesto para guardar á la enferma, se ha escapado para venirme á decir, con las lágrimas en los ojos, que no podia estar mas en un parage en que se murmuraba de mí sin cesar. Vuestro esposo, y el médico, me dijo, se unen para decir mal de vos, y no tienen vergüenza de asegurar á la Condesa que su hermosura es mucho mayor que la vuestra y que tiene mil veces mas talento que vos. No solamente os ultrajan á vos, señora, sino que venden tambien al Conde: pues quieren persuadir á su muger, que el Rey esta enamorado de ella, y que no espera sino su perfecta curacion para hacerla la primera dama de la córte. En cualquiera otro tiempo me hubiera reido yo de la simplicidad de esta muger, y de la cólera que la sugiere su afecto por mí. He procurado hacerla conocer la razon de esto lo mejor que he podido, y empeñarla al silencio ofreciéndola hacer su fortuna si podia callár. Está tan enfada contra mi hermana, como contra mi esposo, por que parece que tiene mucho placer en el mal que le dicen de mí. ¿Cuál será la confusion de esta pobre muger si la llegan alguna vez á informar del gran número de personas que han sido testigos de sus debilidades? Nada olvidaré para ocultarla este conocimiento, y si el cielo es-

cucha los votos que hacemos por su salud, haré partir á esta muger, y la estableceré ventajosamente en una de nuestras tierras por precio de su discrecion. Mi hermana duerme al presente con un sueño muy tranquilo; la han vuelto las ganas de comer, y baja á tomar el aire al jardin: yo la veo desde mi ventana, se entiende, por entre las celosías, porque es necesario que no me vea. De algunos dias á esta parte no tiene calentura; esto es lo que el médico acaba de decirme, y lo que asegura ser presagio de un próximo restableciento; y me hace aun esperar que la podré ver bien pronto sin precauciones. A todas mis inquietudes se juntan las que me dá el estado de vuestra salud: temo que vos no la cuideis. El Marqués ha escrito á Mr. M.... á Ginebra para poneros en sus manos, pues tiene mucha confianza en él; plegue al cielo que tengais tambien alguna. Traed por Dios á la memoria, querida madre mia, la necesidad que tengo de vuestros consejos igualmente que mi pobre hermana. ¿Qué seria de nosotros, si tuviésemos la desgracia de perderos?

CARTA XVIII.

DE MADAMA DE MONTIER A LA MARQUESA.

QUERIDA HIJA MIA: Te conjuro que repases todas las circunstancias de tu vida; trae á la memoria el cuidado con que te ha conducido la Providencia, y los milagros que ha hecho para justificarte. Díte á tí misma lo que te he repetido tantas veces: que los juicios de Dios, y sus intenciones, son impenetrables á nuestros débiles ojos; que no se puede sondearlos sin temeridad; y vé aquí el único remedio que puedo ofrecerte en la penosa situacion en que estás. La tristeza de tu esposo es un laberinto en que me pierdo, y poco ha faltado para que adoptase yo tus ideas respeto á su causa. Tampoco debo disimularte lo que he creido descubrir; me pareció que habian abierto tu última carta. Tal vez me habré engañado, y podria muy bien suceder, que sea trabajo de mi imaginacion. De cualquier modo que sea, no me escribas ya directamente cuando tengas alguna cosa secreta que preguntarme; da tu carta al Conde, que sabrá hacérmela recibir seguramente, y yo le dirigiré mis respuestas. Hablémos de tu pobre hermana, cuya situacion me hubiera agoviado, á no darme el cielo un recurso

en el pensamiento de que te hablaba en mi última carta. Vuelvo á repetirte que temblé mas por ella en el tiempo de su prosperidad, que al presente. Dios que la castiga quiere salvarla. La contínua felicidad en el crímen, es el mas terrible castigo, y una señal de reprobacion; siempre he creido que este era el castigo que temia el Rey Profeta, cuando decia al Señor: no me castigues en la fuerza de vuestra cólera. Espero que castiga y humilla á mi hija en su misericordia; pídele sin cesar que este castigo sea momentáneo y saludable. ¡Ay de mi! querida mia, no ha principiado ahora su delirio; el exceso de su orgullo lo era realmente aunque no estuviese tan visible. Cuando reflexiono en esta suerte de tranquilidad en que estoy respecto á ella, me falta poco para acusarme de barbarie; sin embargo, conozco que me es mas querida que nunca. Pero una voz secreta parece decirme á cada instante: ¿de qué te quejas? ¿No has deseado, y pedido del fondo de tu corazon este acontecimiento tan terrible? La conversion de esta pobre hija estaba ligada á esa humillante aventura; y no era necesario ménos para abrirla los ojos, y mostrarla hasta dónde la podia llevar su soberbia. Vé aqui lo que me sostiene, querida hija mia, y que no me quita sin embargo el tener despedaza-

do el corazon por su situacion y la tuya. No obstante, no querria mudarlas, porque respeto la conducta de la Providencia sobre mis queridas hijas. Repito á todos los instantes la oracion de Jesucristo en el huerto de las olivas; yo no pido al Señor sino la salvacion de mis hijos: ¿qué importa el camino por que se digne conducirlos á ella? Mi gota continúa en quitarme el uso de mis miembros, á pesar de los remedios, los baños &c.... No temas que desprecie alguna cosa de las que crean necesaria para mi alivio. Dios me ha encargado el cuidado de mi cuerpo, seria ofenderle adelantar el momento de su disolucion; respetaré pues al médico, porque la Escritura lo ordena. En cuanto al suceso de los remedios, me es mucho mas fácil de decir *fiat*, que en lo que te pertenece. Da gracias al Marqués por la atencion que ha tenido por mí, y cree firmemente, que esta especie de males no tienen riesgo, y que no hay mas remedio que tener paciencia. Tu hijo está tan mejorado, que te costaria trabajo el conocerle; el corazon me dice que le salvarémos. No admires los obstáculos que Dios habia preparado de antemano para impedir un viaje que haria el objeto de mis deseos, si yo pudiese desear alguna cosa; debemos creer que te seria inútil en Turin, y tal vez perjudicial, por-

que su divina Magestad hace siempre lo que mas conviene.

CARTA XIX.

DEL MARQUES D.*** A MADAMA DE MONTIER.

SEÑORA Y QUERIDA MADRE MIA: Juzgad de la confianza que tengo en vos por la humilde confesion que voy á haceros. Juzgadlo tambien por la súplica que seguirá á esta confesion; pero ántes de todo permitidme, Señora, que os advierta que serian inútiles todas las preguntas que podríais hacerme para descubrir el orígen de las funestas luces que van á emponzoñar el resto de mi miserable vida.

No he podido interesar el único corazon, cuya posesion deseo; solo el deber me ha unido á vuestra encantadora y virtuosa hija; otro ha hecho nacer en ella los sentimientos que hubieran hecho toda mi felicidad. ¡Ay de mí! Señora, para conocer toda la violencia de los movimientos que me agitan, debo aun confesaros otra cosa. He estimado siempre á la Marquesa como á la mas virtuosa y respetable de todas las mugeres; la he respetado y querido como á mi hermana; pero estos sentimientos no tenian nada de aquellas

pasiones tumultuosas que me agitaron en mi juventud; en una palabra, no estaba enamorado, y á esta desdichada tranquilidad debo atribuir la causa de mi desgracia. ¿Cómo habia yo de inspirar á mi esposa una pasion de que no tenia idea, y que ella no veia en mí? Me hade vuelto el equivalente de lo que yo sentia por ella, y por insípida que fuese una union tal, estos sentimientos bastaban á mi felicidad. Este dichoso tiempo no existe ya; los celos son por lo regular hijos del amor, y ellos son los que han hecho nacer el mio. Apénas supe que habia amado á otro, cuando se encendieron en mi corazon todas las llamas del amor, sin esperanzas de hacerlas pasar á su alma. ¿Os confesaré todos mis crímenes? En los primeros transportes me atreví á acusarla de injusticia. Hice aun mas; gradué de disimulo el desvío que mostraba á Mastrilli; creí que era afectado, mi situacion era demasiado violenta para poder dudar largo tiempo, y creo que la desesperacion hubiera terminado mi vida, si no hubiese creido tener un medio seguro de conocer á fondo sus sentimientos. Sé la entera confianza que tiene en vos, y estando seguro de que su virtud es sublime y pura, pensé que ella buscaria consuelo y socorro en vuestros consejos, en el supuesto de que tuviese que com-